

preciso buscarlas en las obras del siglo XVI, concebidas y ejecutadas las más por Andrés de Valdevira. Valdevira dejó allí páginas que recordarán eternamente su nombre y consolarán al viajero de la destrucción de templos y palacios levantados por los siglos medios. La portada de la iglesia de San Miguel y una de la catedral revelan hasta en sus menores detalles elegancia, delicadeza y gusto; al verlas fija uno con placer los ojos en todas y en cada una de sus partes, siente satisfecho su sentimiento estético, y sólo deplora que esté la una tan amenazada de ruina y confundida la otra entre obras, hijas ya de épocas desgraciadas para las artes. La portada de San Miguel es la más bella: cuatro columnitas corintias, entre las cuales hay dos nichos de bóveda aconchada, sostienen un rico entablamento, debajo del cual hay un elegante arco semicircular, sobre cuyas enjutas están tendidas dos esbeltas figuritas. En lo más alto de la portada está la estatua de San Miguel amenazando con la espada en alto al ángel de las tinieblas; y es tan simple y propio este remate, que corona de una manera completa el efecto del conjunto. No hay en toda la portada cosa que revele descuido; todo está finamente decorado, y es tal la delicadeza de cada flor, de cada hoja, de cada tallo en el intrados y paramento del arco, que parece raro que no las mueva el más templado soplo de la brisa. ¡Qué lástima que esté condenada á desaparecer tan linda obra! La iglesia á que abría paso, es ya un patio donde las aguas del cielo hacen crecer la yerba; y está la portada sola, completamente aislada. ¿Quién dudará de que se la derribe? (1)

La portada del mediodía de la catedral es también bella; pero no como la de San Miguel. Hay en ella superposición de dos órdenes arquitectónicos, y no presenta tanta sencillez ni tanta armonía. Entre cuatro columnas dóricas pareadas ábrese

(1) En el piso de esta portada se lee: esta portada se acabó el año de 1561, siendo obispo de Jaén el muy ilustrísimo Señor D. Diego de los Cobos, y mayordomo de esta iglesia el Rvdo. Diego de Victoria.

una gallarda cimbra, sobre la cual corre el entablamento, adornado en el friso de triglifos y de metopas que representan aljabas, escudos, manoplas, y otras piezas de la armadura antigua. Aparece sobre la cornisa una Virgen de la Asunción, coronada de ángeles, á la que sirven de altar cuatro columnitas jónicas pareadas, y sobre el entablamento que ésta sostiene, un frontón triangular que abraza todo el ancho de la fachada. Hay entre las columnas de uno y otro cuerpo nichos de elegantes formas, y sobre las enjutas del arco dos grandes figuras de relieve, en que la piedad y la religión están representadas. Vese en ella también cuidadoso ornato y delicada ejecución; pero daña evidentemente el segundo cuerpo el buen efecto del primero. Falta al parecer unidad, y es difícil que se sepa ver los dos cuerpos en conjunto.

Es, sin embargo, preferible de mucho esta portada á la principal del templo. Es esta grandiosa, vasta, elevada; pero sin bellezas que basten á compensar sus defectos. Presenta en su centro, entre cuatro grandes columnas corintias un arco ricamente entallado, sobre el cual, dentro de un recuadro de líneas inoportunamente cortadas, figura María llevada en alas de los ángeles. Está abierto encima de este grupo un balcón sostenido por una rica ménsula, sobre cuya cimbra hay otros dos ángeles que sostienen un lienzo en que está de relieve el rostro de Jesucristo. Corre por todo este cuerpo central un entablamento, y sobre éste una balaustrada dividida á trechos por pedestales en que campea la figura de San Fernando entre las de los apóstoles. Levántase detrás de la balaustrada un segundo cuerpo; pero no se ve ya en él la magnificencia y pompa que en el más bajo, donde entre las columnas corintias hay debajo de dos altos nichos las figuras de San Pedro y de San Pablo. No se ven en él sino cuatro pilastras con extrañas molduras por capiteles, en las que carga un frontón recortado que sostiene tres agujas poco ligeras y de no muy buen gusto.

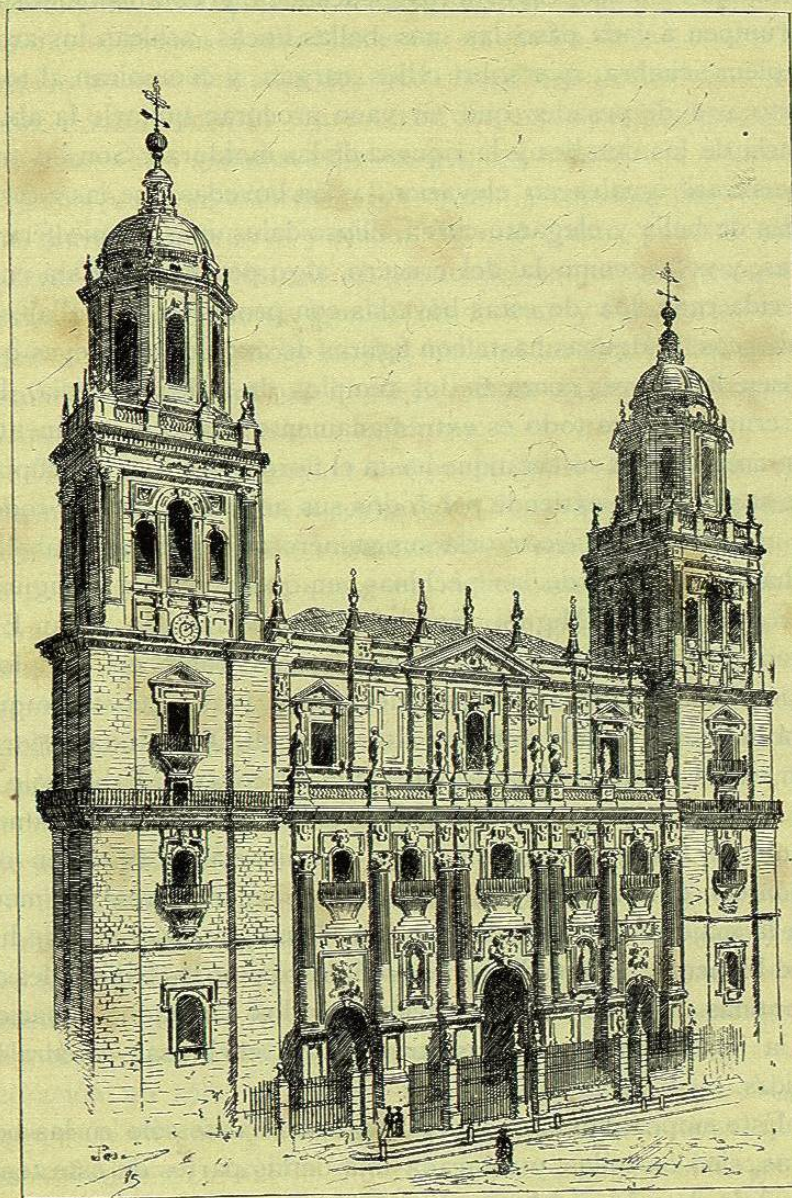
En las alas de esta fachada, entre dos columnas del mismo

orden, ábrese un arco más pequeño, sobre el cual campea en la de la derecha Santa Catalina, y en la de la izquierda San Miguel sujetando con sus piés al diablo. Encima, abiertos en el muro, hay dos balcones sobre los cuales corre la balaustrada general, interrumpida también por pedestales que sostienen las figuras de alguno de los discípulos de Cristo. Tienen también estas alas un segundo cuerpo, pero sólo llevan en él dos pilastras, entre las que hay bajo un frontón triangular una ventana.

Levántanse en los ángulos de esta fachada dos torres imponentes que constan de cinco cuerpos coronados por una gallarda cúpula. No presentan en los tres primeros más que ventanas y balcones encerrados en pésimos recuadros; pero en el cuarto osténtanse ya más lindas aberturas, bellas columnas corintias en los ángulos, y una balaustrada sobre que se levantan pequeñas agujas. Tienen en los ángulos del quinto pilastras en vez de columnas, pero no por esto presentan en él menos belleza. Aunque llenas de defectos, son indudablemente estas torres de un grande efecto en la fachada, que sin ellas se presentaría fría é insípida á los ojos del artista.

Aun con las torres ¿qué esfuerzo no debe hacer sobre sí mismo el viajero para contemplar sin disgusto una fachada que tanto afean los inoportunos cortes de líneas, los pueriles recuadros en que están encerrados relieves y aberturas, los vulgarísimos balcones que cortan el muro, la fría balaustrada que corre en torno de todo el templo, los toscos y pesados detalles que se observan en algunos frisos y se vienen hasta á los ojos del que sólo pretende apreciar la obra en conjunto? Pertenece á una mala época, y es exigir mucho de un artista querer que se sobreponga al gusto de su siglo.

El interior satisface más los ojos y la imaginación, aunque nunca tanto como el de esas catedrales góticas cuyas bóvedas parecen descansar sobre ligeros troncos de árboles. Está dividido en tres naves grandes, espaciosas, elevadas, pero no por vistosas haces de columnas, sino por macizos pilares adornados de



JAÉN.—FACHADA DE LA CATEDRAL

columnas corintias, cuyos altos pedestales y entablamentos interrumpen á cada paso las más bellas líneas, achican los arcos de plena cimbra, que sobre ellos cargan, y comunican al todo cierto aire de pesadez que en vano procuran quitarle la abundancia de los detalles y la riqueza de las molduras. Son las tres naves casi iguales en elevación, y las bóvedas que las cubren todas de bella y elegante curva, elipsoidales unas, semiesféricas otras, y otras, como la del crucero, algo peraltadas. Está enriquecida cada una de estas bóvedas con profusión de follajes y arabescos, y algunas hasta con figuras de ángeles y relieves que cubren las claves como en los templos de la Edad media. La del crucero sobre todo es extremadamente rica. La ornamentación crece desde su arranque hasta el florón de una gran cúpula que sostiene: se extiende por todos sus anillos, corre por todos los nervios de sus arcos, orla sus numerosas aberturas, embellece hasta las tarjas de las pechinas, en que campean las figuras en relieve de San Miguel, Santiago, Santa Catalina y San Eufasio. Pero ésta no es la riqueza que se busca en templos. ¿Qué significa toda esta lujosa decoración para el cristiano que va á doblar la rodilla ante los altares de su Dios? Esta decoración es del todo arbitraria, no habla al corazón; habla sólo á los sentidos, y cuando levantamos los ojos, ó los apartamos friamente, los fijamos en ella para examinarla en sí, no en relación con el templo cuyos muros cubre. Lejos de realzar, mengua la majestad del monumento, que lleno por otra parte de luz y de blancura, ni llena de horror religioso como las bajas iglesias bizantinas, ni lleva la imaginación por los ilimitados espacios de la inmensidad como las atrevidas y tenebrosas catedrales góticas.

Este inoportuno lujo, sin embargo, no existe sólo en las bóvedas, sino en todas y en cada una de las partes de este templo. Á la derecha y á la izquierda del crucero hay portadas que aventajan en magnificencia á las mismas bóvedas. En la de la derecha, que conduce á la sacristía, están abiertos dos arcos se-

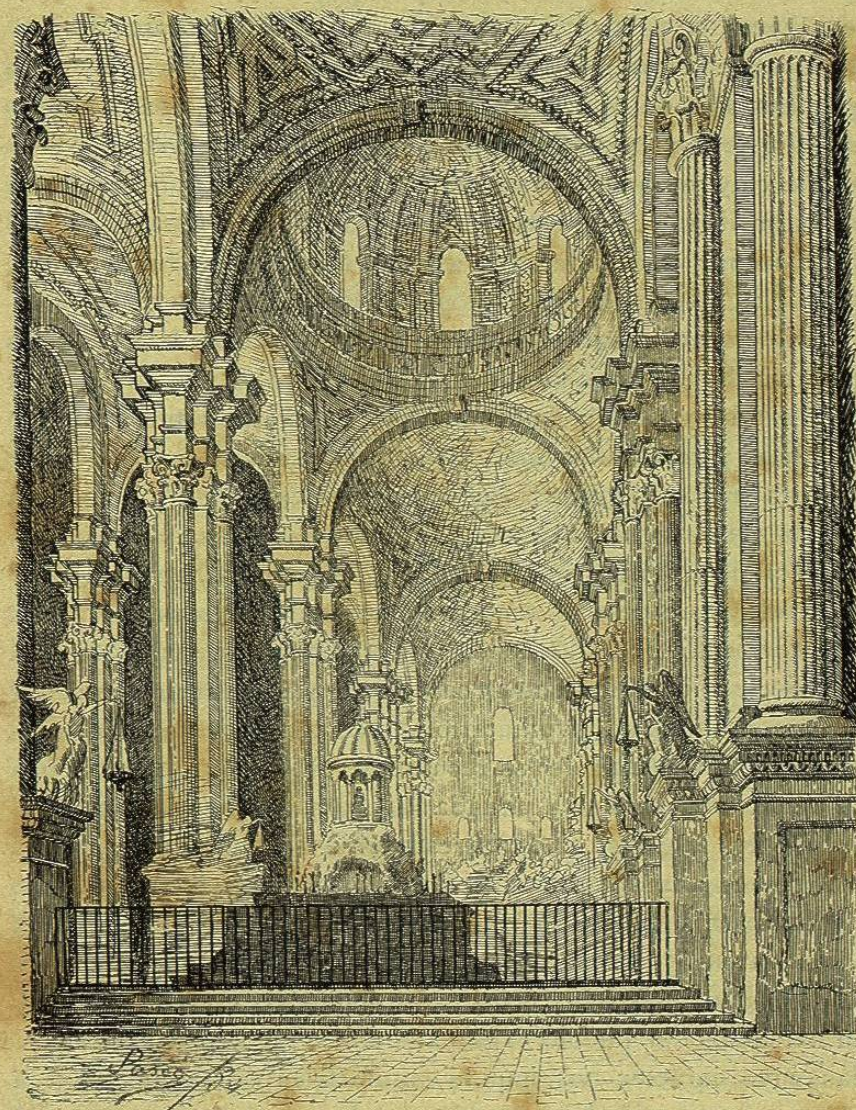
micirculares, adornados en los ángulos por dos columnas corintias que sostienen el entablamento, en medio de las cuales hay un pilar en que descansa una bella imagen de Jesucristo. Vense sobre el entablamento entre otros dos arcos sostenidos por recios pilares dos grandes relieves que representan la adoración de Jesús por los pastores y los reyes; y en otros dos cuerpos más elevados aberturas y nichos de mal gusto, puestos allí al parecer sólo para destruir el efecto del conjunto. Presenta la portada de la izquierda iguales las formas y sólo variados los relieves; y aunque están las dos bellamente decoradas, quedan confundidas por otra que hay á la misma izquierda del crucero, cuajada toda de riquísimas molduras.

Tiene ésta en su primer cuerpo un bello arco semicircular dentro de un recuadro, á cuyos lados dos columnas compuestas, adosadas á pilastras del mismo orden, sostienen un entablamento por cuyo friso corre una greca delicadamente cincelada. Brilla en un segundo cuerpo entre las figuras de Ezequiel y Salomón la de María, sobre la cual asoma en el tímpano de un frontón un ángel con las alas desplegadas. Descansan en el entablamento de este segundo cuerpo á la derecha un escudo de armas, y á la izquierda una Virgen sentada en un castillo, y está todo debajo de otro arco, encima del cual hay un balcón dentro de un cuerpo dórico.

Hay indudablemente cosas bellas en todas estas fachadas, pero en todas se observa constantemente ese mismo afán de decorar, ese mismo afán de encubrir con la belleza material de las partes obras frías, faltas de significación, faltas de sentimiento. En el coro se observa aún en mayor grado este defecto: su decoración no sólo es prolija, sino generalmente mala. Al paso que en el exterior parecen sus muros más de una cárcel que de un coro por su absoluta falta de adornos y la solidez que presentan sus anchos sillares; cubiertos en el interior por bajos relieves de madera, en que entre columnas, follajes, flores y otros caprichos, están representados los principales hechos de los hé-

roes cristianos, se presentan tan confusamente al observador, que apenas sabe dónde fijar los ojos. Los respaldos de su doble sillería están llenos de entrelazos caprichosos; los brazos, de grifos y otros seres fantásticos; los cuerpos compuestos que corren sobre cada orden de asientos, de un sin número de figuras, en cuyos grupos están trazadas algunas escenas del antiguo y nuevo Testamento, los gozos y dolores de la Virgen y los tormentos de los primeros mártires de la religión de Jesucristo. Corre sobre sus muros una balaustrada interrumpida por algunos pedestales, y hasta los jarros en que éstos descansan están profusamente decorados. El órgano, que está á la derecha, manifiesta mejor gusto que lo demás del coro; pero tampoco está libre de este defecto, del cual no quedaron exentos sino dos púlpitos que miran al presbiterio, sólidos, macizos y escasos de molduras. Sus dos portadas y el trascoro completan por fin el mal efecto de esta obra, que, ya por su situación en medio del templo, ya por la altura y pesadez de sus paredes, disminuye la favorable impresión que sin ella podría producir un monumento dotado en general de bellas y elegantes formas.

Ocupa el coro desde el segundo pilar de la nave mayor hasta el crucero, más allá del cual se extiende entre cuatro grupos de columnas el espacioso presbiterio. Ancho éste, elevado sobre un atrio de tres piés de altura que forman cinco gradas de mármol, y cubierto por una bóveda riquísima, es sin duda una de las más bellas partes de la catedral. Es cuadrado, y los cuatro pilares que lo sostienen, puestos en los ángulos, no impiden, de ninguna parte que se lo mire, la vista del tabernáculo, sentado en medio sobre un altar de jaspe. Cuatro ángeles apoyados en el pedestal de los mismos pilares sostienen otras tantas lámparas de plata; y es tanta la sencillez que se descubre en todo, tanta la oportunidad con que está colocado cada objeto, tan parca y de tan buen gusto la distribución de los adornos, que allí es donde con más placer concentra uno sus miradas, siente mejor latir su corazón. El presbiterio es grande, el taber-



JAÉN.—INTERIOR DE LA CATEDRAL

náculo á proporción pequeño, rico y sencillo; y aunque no impone éste como los de los templos góticos rodeados de apiñados haces de columnas, cubiertos de bóvedas oscuras y alumbrados por la opaca luz que baja de altos ventanajes modificada por cristales de colores, agita cuando menos el espíritu y lo depura de todo pensamiento profano que lo manche ó lo oscurezca. Hay verdadero sentimiento en este presbiterio: se ve que el autor al concebirlo estaba poseído de las más puras ideas del cristianismo; y es indudable que el sentimiento del artista se comunica á todos los cristianos que vayan á admirar sus obras.

No gozan desgraciadamente de esta cualidad las capillas abiertas de las naves laterales, cuyos retablos, que se levantan bajo sus bóvedas de cañón seguido, presentan tanta confusión de líneas y revelan tan mal gusto, que apenas se puede detener la vista sino en algunos cuadros que las embellecen. La misma capilla mayor, situada detrás del tabernáculo, aunque más alta y decorada con más riqueza, no llega siquiera á llamar la atención del que recorre el templo en busca de bellezas. No llama la atención sino del que conoce las tradiciones vinculadas en su retablo, y aun éste al entrar en ella no puede menos de sentir un estremecimiento involuntario al ver tan poca armonía entre el arte y la santidad de los recuerdos. Hay sobre el altar una caja en cuyo frente está pintada una cara del Salvador sostenida por dos ángeles, y es en esta urna sagrada donde, según tradiciones muy antiguas y la fe de los jaeneses, se guarda uno de los rostros que quedaron impresos en el lienzo con que la Verónica enjugó el sudor de Jesucristo en el camino del Calvario. Se manifiesta á los fieles esta reliquia tres veces al año, y en los labios del pueblo vagan aún sobre su adquisición leyendas cuyo carácter nos impide continuarlas por oponerse á la gravedad y severidad de esta obra (1). Imagen en que descansa la

(1) Creemos oportuno publicar cuando menos una de estas raras y originales tradiciones. Nos la refirieron en el camino de Jaén á Baeza, y procuraremos presentarla con toda la sencillez con que brotó de los labios de nuestro narrador, jo-

fe de tantos siglos, ¿no era á la verdad merecedora de un altar en que brillase más el genio artístico? Consérvase, además, sobre esta urna una Virgen llamada la Antigua, que, según otra tradición, llevó San Fernando en sus brillantes expediciones y regaló á Jaén después de haberlo conquistado: y está confundida entre otras imágenes de mal gusto, faltas de belleza y de recuerdos.

ven ingenuo y lleno de fe que parecía crecer cándidamente cuánto iba refiriendo. — Y ¿en qué época se cree que vino á Jaén esa milagrosa cara de Dios? preguntamos á nuestro hombre. — En tiempo de San Eufrasio, contestó. Hubo entonces un Papa que se dejó prender de amores por una niña traviesa y juguetona que andaba al rededor de su palacio; y hubiera caído el buen Papa en pecado á no ser por nuestro obispo, porque era la mujer el diablo y le tenía armada muy bien la zancadilla. — ¿Estaba San Eufrasio en Roma? — No, sino en Jaén; pero tenía el santo obispo en una redoma tres diablillos; y como supiese una noche por ellos que ya estaba puesta la mesa en que el Papa iba á cenar con sus amores, partió en volandas para Roma, donde pudo aún conjurar á Satanás y librar al Papa de sus manos. — ¿Y llegó á Roma la misma noche? — La misma noche. Preguntó San Eufrasio á uno de los tres espíritus que cómo cuánto de tiempo pedía para llevarle á Roma, y contestó el diablo que hora y media: repitió la pregunta á otro, y contestóle que una hora: repitió la pregunta al tercero, y contestó: dentro de media hora llamarás á la puerta de la casa de San Pedro, si en recompensa prometes darme todos los días las sobras de tu almuerzo: ¿prometes? — ¿Y se lo prometió el Santo? — Prometo, dijo; y alzóse luego el diablo, que era por más señas cojo, y ya están en Roma, para que vea su merced si han hecho pronto el viaje. — Ligeros han andado. — Llamó San Eufrasio á la puerta del palacio del Papa, y como le preguntasen quién era, « abre á Eufrasio » dijo; á lo cual el Papa exclamó: pues ¿ cómo ha de ser Eufrasio, si está el buen obispo en Jaén? Mas en esto San Eufrasio entraba ya en la sala; y viendo al Papa cenando mano á mano con la mujer de rara hermosura de que le habían hablado los diablillos, vuelto de cara á la taimada, le echó tantas bendiciones, que no pudiendo ella ya más sufrirlas, se hundió con grande estrépito en el suelo, llevando tras sí al infierno la mesa en que pensaba poder arrastrar al mismo vicario de Jesucristo. — ¿No cayó el Papa con ella? — Quedó el Papa como quien ve visiones; mas vuelto á poco de su estupor, abrazó tan tiernamente á San Eufrasio, y derramó sobre él tantas y tan sentidas lágrimas, que daba pesar no sólo verle, sino oírle. Ni sabía cómo recompensar ni cómo agradecer tan gran servicio; pero San Eufrasio nada pidió en cambio sino esa cara de Dios que guarda Jaén como su primer tesoro. Dióle el Papa dos; pero San Eufrasio perdió una en una tempestad deshecha que le asaltó en la mar precisamente al volver de Roma, y es esta la única que existe en el mundo después de que hay la iglesia de San Pedro. — Pues y al diablillo ¿ le cumplió San Eufrasio la palabra? — Vaya si se la cumplió. Almorzaba el santo nueces, y se las rompía en la cabeza dejándole las cáscaras, y diciéndole: « ahí van las sobras. » Es esta, como se ve, una tradición disparatadísima; pero su misma rareza nos ha movido á consignarla. Créese generalmente que trajo de Roma esta reliquia D. Nicolás de Biedma, obispo de esta diócesis, que la obtuvo del Papa Gregorio XI en 1376.